

José Zamudio Z.

Desconocimiento y magnitud de Hostos

1838-1939

a Mariano Picón-Salas



QUI frente a nosotros está un mapa. Es un mapa de América. Un hombre nos ayudará a viajar en esta geografía, que imaginariamente es por sí sola un gran viaje y una gran aventura. Este piloto—ayer de muchedumbres revolucionarias—hoy, y siempre, de juventudes y conciencias americanas es Hostos:

«Al otro lado de la Cordillera hay un Océano, el Atlántico. Navegando de Sur a Norte, ciñéndose siempre a la costa oriental de Sud-América, se puede ver el litoral de la República Argentina, del Uruguay, del Brasil, de las tres Guayanas, y llegar hasta la embocadura del magnífico Orinoco. Si entonces se navega hacia el nordeste, a poco navegar se encontrará una isla verde reposando en las ondas de un mar verde. La isla es Trinidad, una de las pequeñas Antillas; el mar, el Mediterráneo del Nuevo Mundo, consagrado como el Mediterráneo del antiguo, a ser camino ondulante de todas las ideas, a todos los progresos de la nueva humanidad.

En ese mar de las Antillas, mar Caribe o de Colón, cuyo nombre se asocia al momento más glorioso de la historia moderna, brindan con sus paraísos, ofrecen las guirnaldas de sus bosques, los ramilletes de sus valles, los encantos de sus perspectivas, los deleites de sus climas, dos grupos de islas que en los días venideros de la historia serán la Grecia del nuevo Continente.

Uno de esos grupos, el menor por la dimensión de sus islas y el mayor por su número, empieza en Trinidad, comprende las Antillas inglesas, francesas y danesas, y, formando un semicírculo, liga en un abrazo fraternal a Venezuela, cabeza del continente meridional, con Puerto Rico, Haití, Santo Domingo, Jamaica y Cuba, corazón de todo el continente.

En donde acaban las pequeñas, empiezan las grandes Antillas. Son cuatro, escalonadas de menor a mayor, y colocadas verticalmente, de Este a Oeste, al istmo americano.

La más oriental es Puerto Rico, como la han llamado los ávidos españoles: Borinquén, como la llamaban los indígenas y nos complacemos en llamarla los criollos. La más occidental es Cuba: entre una y otra, la victoriosa Haití-Santo Domingo: en frente de ésta, al Sud, Jamaica. Al pie de todas esas islas, el orfano mar que las zahiere: arriba, el sol febricitante de los trópicos: embelleciéndolas, la vegetación más galana y suntuosa: cobijándolas, el cielo más limpio, más puro y más amable; purificándolas, el ambiente más embalsamado, la brisa que da mayor embriaguez y más deleite pueden los pulmones aspirar.

Reinas de todas ellas, Cuba y Puerto Rico. Paraíso de la naturaleza, no debió consentir la ingrata madre que España lo convirtiera en un infierno.

Lo ha consentido y lo consiente. Cuba y Puerto Rico son esclavos, y mientras las dos islas mejor situadas, más pobladas, más instruídas, están en poder de España, estarán esclavizadas;

y, mientras no sean dueñas de sí mismas, serán un paraíso inhabitable» (1).

¿Qué acontece para que nos detengamos tanto en este trópico tan ardorosamente descrito? ¿Qué hay en estas islas, donde ya se adivina junto a la égloga la gorra imperialista? ¿Cuál es el conflicto, y quién es Hostos?

El conflicto es conocido por todos. Es duro contar esta «agonía antillana». El proceso de la independencia política, siempre ha sido épico en estas tierras de América. Empieza en 1810. El proceso de las Antillas que todavía está en gestación, que ha sido postergado, comunica a su historia y a su actualidad un sentido doblemente trágico. En esa media luz sangrienta y heroica vemos la encarnación de este sentido en vidas incorporadas ya al martirologio americano. Está la figura sublime de Martí. Estos apuntes quieren destacar a Eugenio María de Hostos, que fué durante toda su vida un gran luchador y un apasionado de la independencia de esas islas.

En el párrafo anterior que hemos citado, salido de su laboriosa pluma, al lado de lo imaginativo a que lo arrastraba su carácter de hijo de tierras tropicales y ubérrimas, que se prestan para cierto estilo en la vida y en la literatura; al lado de ese amor al paisaje, irrumpe el tono agresivo y combatiente, tono que es su estilo de vida también. No puede haber tregua para la frase redondeada y florida donde la lucha está urgiendo; por eso la literatura antillana ha dado hombres—Heredia, Martí, Plácido—en que la canción y la lucha se conjugan. Hombres cuya expresión poética no traba la imprecación ardida y viril del soldado.

En Hostos se personifica la tragedia de Hamlet. Vence el hombre de acción: «Hay un Hamlet en el fondo de todo cora-

(1) *Cuba y Puerto Rico en la Revista de Santiago*, 1872, núm. 1, p. 29.

zón humano», ha escrito en su luminoso estudio sobre el personaje de Shakespeare. Política militante y meditación muchas veces se concilian en algún momento de su vida. De aquélla hace toda su trayectoria revolucionaria. La voluntad que falta a Hamlet, preside el destino homérico de este hombre. Su mismo pensamiento—que desparramó a lo largo de América—nos ayuda otra vez en este análisis apresurado: «No basta sentir la viril necesidad de la libertad: es necesario quererla con toda la obstinación de la voluntad» (1). La meditación y el estudio están patentes en su vida de magisterio y para contexturar libros donde la disciplina y el método hacen de su obra una de las más valiosas contribuciones al pensamiento americano. La lucha revolucionaria y la lucha de las ideas crea un contrapunto admirable en la biografía de Eugenio María de Hostos.

Algo hemos adelantado ya en la esencial personalidad de Hostos. Hostos lo abarcó todo. Escribir sobre él es tema complejo. Su dinámica escapa a críticos zahoríes. Tanto es así, que ha tenido que llegar este año de 1939, para entrar en esta vida y en estas ideas. A pesar de esta cruzada americana que él hizo proclama y pasión en la segunda mitad del 19, pocos lo conocían. Cas: nadie sabía de sus obras fundamentales. Sus compatriotas portorriqueños—leales discípulos—celebraron este año, el 11 de Enero, el centenario de su natalicio. Una comisión se ha encargado de editar sus obras completas y ha abierto un concurso para premiar la mejor biografía que sobre él se escriba. Se empieza a conocer al fin a Hostos; ya era tiempo de agregar a las figuras epónimas de Martí, Sarmiento, Montalvo, esta vida y este mensaje de Hostos.

El desconocimiento de la acción y del valor de Hostos se debe a varias causas. Primero hay que cargarlo a la cuenta de nuestra propia enfermedad americana de miopía intelectual de

(1) Véase Plácido.

los verdaderos valores autóctonos. Vivimos cegados por los celajes europeos. «¿Por qué?—se pregunta Blanco-Fombona, en un ensayo imprescindible—Porque no lo repiquetean consonantes de villancicos, sino que repercute en la región de las ideas, menos frecuentada que aquella otra región donde el vulgo se extasia en la música de fútiles rimas . . . »

Esta tragedia del desconocimiento de Hostos está ligada a la de su propia patria. Los portorriqueños que han vivido como extraños en su propia isla, sintiendo el látigo abominable de amos extranjeros, han tenido poco tiempo para levantar pedestales. Una nueva voz seguidora de los ideales hostosianos—Albizú Campos—paga en la cárcel la lucha por la independencia de Puerto Rico, y con él cien más.

Seguir esta vida es peripecia larga y provechosa. En ese marco insular que él también pinta en los párrafos con que hemos principiado esta nota, vive su infancia. Hostos nace el 11 de enero de 1839 en Mayaguez, Puerto Rico. Vienen los primeros estudios y los primeros contactos con la realidad portorriqueña. Son años de preparación, casi intuitiva, de lo que habrá de venir. Va a comenzar la gran aventura. Esa aventura principia en España, donde lo mandan sus padres para hacer sus estudios superiores. Estamos en 1857. Ingres—a ese año—a la Universidad Central de Madrid, con el objeto de cursar Derecho:—acuciado por la batalla política nunca terminó su carrera, sin embargo escribió importantísimos tratados jurídicos—pero la calle, la tribuna, el periódico lo reclaman de las aulas. Entonces para él adquiere verdadera y dolorosa realidad el problema político y social de Puerto Rico. La política colonial de España que se ejercitaba contra las Antillas, había ya levantado sublevaciones sofocadas en sangre. Además existía el angustioso problema de la esclavitud. Independencia de las islas y manu-

misión del negro están sintetizadas en su novela *La peregrinación de Bayoan* (1863), de esa época. El joven político se hacía ya sospechoso a los ojos de los conservadores monárquicos. La edición fué secuestrada para impedir su circulación en Puerto Rico.

Convencido que la monarquía Isabelina no haría nada en favor de sus proyectos libertarios, contribuyó, junto con los liberales españoles, al establecimiento de la República. Sus discursos en el Ateneo de Madrid están caracterizados por esa fogosa pasión que él ponía en todo. En una asamblea gritaba: «Si en la constitución de España no cabe mi patria, donde no cabe mi patria no quepo yo». Su concepción era amplia, inspirada en el concepto bolivariano. Proponía una Confederación Antillana, como más tarde, por lo mismo luchó Martí, que en alguna parte escribió: «Las tres Antillas han de salvarse juntas o juntas han de perecer». Pérez Galdós lo deja viviendo para la historia en uno de esos momentos, en sus *Episodios Nacionales*: «En el pasillo grande del Ateneo permanecían dos corrillos de trasnochadores. El más nutrido y bullicioso ocupaba el ángulo próximo a la puerta del Senado; allí analizaba la bárbara trifulca un antillano llamado Hostos, de ideas muy radicales, talentudo y brioso» (1).

La promesa de los líderes republicanos, Castelar, Salmerón y el general Prim de independizar a las Antillas en caso del derrocamiento de Isabel II, da nuevos bríos a Hostos. Comienza una cruzada por toda la Península. Tiene que huir a París por las persecuciones de que era objeto. Ahí está en contacto con la Junta Revolucionaria. Cae la Monarquía y viene el nuevo gobierno de los liberales. Hostos ve nuevos horizontes para Puerto Rico; pero pronto se ve defraudado. La constitución republicana no da cabida a las legítimas aspiraciones de las Antillas. Creo que fué Castelar el que contestó despectivamente: «Pri-

(1) Prim.

mero soy español antes que republicano». Aquí terminó el primer acto de este drama. El colofón es el magnífico discurso que pronunció en el viejo Ateneo de Madrid, el 20 de diciembre de 1868:

«Señores: las colonias españolas están hoy en un momento crítico. Víctimas de un despotismo tradicional, una y mil veces engañadas—¡engañadas, señores, lo repito!—no pueden, no deben seguir sometidas a la unidad absurda que las ha impedido ser lo que debieran ser, que les prohíbe vivir. España no ha cumplido en América los fines que debió cumplir y, una tras otra, las Colonias del Continente se emanciparon de su yugo. La historia no culpará a las Colonias...»

Rechazó la diputación de Puerto Rico en el Congreso español y se dirigió a París. Allí le sorprendió el *Grito de Yara* que habría un nuevo camino a la revolución cubana. No tarda en llegar a Nueva York para formar parte de la Junta Revolucionaria de Cuba. Como nuevo Byron que lucha por la independencia de otros países, el activo revolucionario se multiplica en la ciudad norteamericana. Da conferencias, publica artículos, organiza expediciones, en la que arriesga la vida en un naufragio. La tribuna del periódico *La Revolución*, órgano de la Junta espasa su fogosa proclama a los cuatro rumbos. Siempre inspirado en la concepción bolivariana, quiere abrazar en una sola aspiración continental el destino de Cuba. Durante cuatro años—1870 a 1874—América entera es la tribuna de Hostos. La travesía americana es asombrosa de acción, de lucha y apostolado: se necesita doble vida para hacer todo lo que hizo Hostos en ese tiempo. Primero está en Colombia. El Perú lo ve en campañas de bien público rechazando las coimas de comerciantes inescrupulosos, tal es el caso del constructor de Meiggs de los ferrocarriles del Perú.

A fines de 1872 llega a Chile. El tránsito de Hostos aquí fué fecundo en todo orden de actividades. Ya marca su huella en los círculos literarios y políticos, ya dando a conocer los planes de la enseñanza científica de la mujer. *La enseñanza científica de la mujer*. Conferencias. 1872). En la *Revista de Santiago*, que dirige Fanor Velasco y Augusto Orrego Luco, publica sus mejores trabajos: *Cuba y Puerto Rico* y la biografía del poeta mulato de Cuba, Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés), admirable hombre de militancia revolucionaria y de profundo sentido vernacular en su poesía.

1873 publica uno de los mejores ensayos que se han escrito sobre *Hamlet*. (Treinta años después, el escritor inglés Herbert Beerbohn Tree lo plagia, según afirma, con todas las pruebas, Rufino Blanco-Fombona. He aquí la suerte de los «desconocidos» americanos).

Forma parte de la *Academia de Bellas Letras*. Emprende la renovación cultural y pedagógica junto a sus amigos chilenos, como Lastarria, Valentín Letelier, Eduardo de la Barra, Guillermo Matta y otros.

Un romance amoroso de esta época, con Carmen Lastarria, refiere Juan Bosch en su hermoso ensayo: *Mujeres en la vida de Hostos* (San Juan de Puerto Rico, 1938) (1).

La lucha lo reclama en otros lados. No tarda en partir en 1873 a la Argentina y al Brasil. Los años se suceden y siempre su acción es más decidida. En 1874 se encuentra de nuevo en

(1) Este folleto lo debo a la amistad de Ramón Maluenda. La consecución de los materiales de estos apuntes fué un trabajo que tuve que vencer después de muchas diligencias. En nuestras bibliotecas no existe la debida bibliografía que sería necesario. En ninguna parte pude encontrar la mejor biografía de Hostos, por Antonio Pedreira. (Madrid, 1933) (?). Ahora último la Comisión del Centenario de Puerto Rico ha publicado algunos trabajos que están llegando a la Biblioteca Nacional. Estos son los que me han servido principalmente.

Nueva York dirigiendo «La América Ilustrada». En 1875 está en Santo Domingo para recibir la emigración cubana y puertorriqueña. En el interregno de 1876 vuelve a Nueva York, para partir—impulsado por la esperanza que le da alas—a Caracas. Aquí empieza su verdadera carrera en el magisterio. Será maestro como antes lo fué Sarmiento y Bello.

Sus 38 años cumplidos en la brega parecen aquietarse en un remanso familiar; conoce a Belinda de Ayala y Quintana: «Así conocí yo a Inda; de pronto, de repente, sin saber siquiera que existía, sin prever el influjo de su existencia en mi existencia» (1).

Pero esta felicidad conyugal no ha de llenar su existencia, hecha para la lucha y para morir en la demanda. En 1878 terminó la guerra en Cuba. La generosa sangre cubana se había derramado inútilmente durante diez años: la *Paz del Zanjón* rubricaba toda esta epopeya. Pero la semilla derramada por Hostos fructifica a lo largo del suelo americano...

La magna obra educacional llevada a cabo por Hostos en Santo Domingo en 1879, lo coloca por sí solo ya a la altura de Bello.

De él es una frase que resume toda su labor posterior en ese sentido: «La única revolución que no se ha hecho en América es la revolución educativa».

Por encargo del Gobierno redacta su proyecto de *Ley de Normales*, y un año después—febrero de 1880—se abre bajo su dirección la Escuela Normal de Santo Domingo. El mismo escribe los textos, hace los programas.

El programa pedagógico de Hostos barre con todo resabio anticientífico. Su método intuitivo-inductivo-deductivo choca con los postulados de las escuelas arcaizantes. Intrigas malévolas se ensañan contra la Escuela y su Director. Todo el elemento reaccionario se ve pronto defraudado ante los continuos

(1) Juan Bosch: *Mujeres en la vida de Hostos*.

triumfos que obtienen sus alumnos en los exámenes finales. Hostos había triunfado.

«Hostos—dice Blanco-Fombona—no se limitó a enseñar lo que él mismo aprendiera; enseñaba lo que tenía por dentro, lo que el estudio hacía fructificar. Daba sus propios frutos. Fué, como Sarmiento, un educador; pero con más preparación científica que Sarmiento, con más disciplinas intelectuales y con más equilibrio y profundidad de espíritu. Además la preocupación de Sarmiento fué la de enseñar a leer a la Argentina: la de Hostos la de enseñar a pensar a la América... Hostos le es superior en cuanto pensador, lógico y moralista, con la ventaja, además, de una base escolar, en el sentido inglés de la palabra, de que Sarmiento careció». (1) Este parangón plutarquiano pone de relieve todas las cualidades del pensador portorriqueño.

Su pluma infatigable—escribió más de setenta y cinco obras, muchas inéditas—no se da descanso en esa época. De esos nueve años son *Los frutos de la Normal* (1881); *Las lecciones de Derecho Constitucional*; *Las lecciones de Derecho Penal*; *Los comentarios de Derecho Constitucional*; *Los prolegómenos de Sociología* (?) y su obra más densa de contenido ético, la célebre *Moral social* (1888) (2). Además fué un laborioso periodista en todas las publicaciones de América.

Estos triunfos de Santo Domingo repercuten aquí en Chile. El Gobierno de Balmaceda lo llama. En 1889 sirve el rectorado del Liceo de Chillán y en 1890 fué el primer rector del nuevo Liceo «Miguel Luis Amunátegui». Sus métodos que

(1) R. Blanco-Fombona: *Grandes Escritores de América (Siglo XIX)*. Madrid, 1917.

(2) V. «La Moral Social» de Eugenio María de Hostos, por Pedro de Alba en *Boletín de la Unión Panamericana*, Feb. 1939.

aplicó en Santo Domingo levantaron aquí nuevas y encontradas protestas. El innovador se encontraba sometido a diario a la censura de las autoridades educacionales (1). Pero nuevamente Eugenio María de Hostos triunfa. El senador don Guillermo Matta dijo en una ocasión, en la Cámara: «Hostos es el extranjero de más vasta cultura intelectual que ha venido a Chile, después de Bello».

Como siempre la actividad de Hostos se ramifica en direcciones asombrosas. En la Universidad de Chile dictaba la cátedra de Derecho Constitucional. Pertenecía a la «Société Scientifique du Chili». Fué por un tiempo director del «Ateneo». Colaboraba en los *Tiempos* de Talca, *El Heraldo* y *La Patria* de Valparaíso, *La Libertad Electoral* y *La Ley* de Santiago. Junto con don Valentín Letelier y don Guillermo Bañados Espinoza publica *La Reforma de la Enseñanza del Derecho* (1889). Además obtiene en 1890 el primer premio en el Certamen Varela, con su *Descentralización administrativa*.

Quien sabe cuántas veces la nostalgia lo habrá asaltado, cuando de alguna parte de América le viene la noticia de un amigo muerto. Ya es de Venezuela, del Perú, de la Argentina. A cada muerte lejana vuelve a vivir de recuerdos. Aquí en Chile ha visto irse a sus mejores amigos. En 1888, a Lastarria. En 1892 sobre la tumba de Manuel Antonio Matta, dice emocionado esto que parece su propio epitafio:

«Este, señores, es uno de los muertos que no mueren por completo; al día siguiente de dejarlos en la tumba, los encontramos en la historia» (2).

(1) V. *Anales* de la Universidad de Chile. 1897. Bol. de Instrucción Pública, t. 96, págs. 44-45; 51; 70, 139; 211; 236 y tomo 99, pág. 31.

(2) *Corona fúnebre a la memoria de don Manuel Antonio Matta*, Santiago, 1893, pág. 40.

Ahora tenemos en las manos uno de sus libros: son sus *Lecciones de Derecho Constitucional*—materia que no es de nuestra predilección y desvelos—libro que habrá arrancado quien sabe cuántas vigilias a este hombre admirable. Libro escrito comiendo el pan del exilio, o entre disputas en las asambleas políticas; libro salido al calor de las luchas ideológicas, pensando siempre en un destino grande para Puerto Rico y Cuba. A través de él, a través de tanta ciencia acumulada, calando siempre hondo la realidad, parece desprenderse su propia realidad y tragedia. He aquí su espíritu que se nos da cuando ya no tenía más que dar. La batalla parece terminada, cuando muere trágicamente Martí, y cuando Estados Unidos anexiona las islas después de la guerra del 98 con España. Pero el mensaje de Hostos no ha muerto y hoy lo recogen las nuevas juventudes portorriqueñas y cubanas.

Mirando su retrato—que va al frente del libro—; un retrato de los últimos años, su mirada nos asalta. Una mirada que investiga hondo en la lejanía. La cabellera rizada y peinada hacia atrás, deja libre la ancha y clara ventana de la frente. La nariz ligeramente aguileña, y la barba cae larga y frondosa como un ícono nazareno. Mirando al mismo tiempo el retrato de Martí a los treinta y tantos años—murió a los 42—se piensa en idénticas actitudes viriles y ciudadanas, en idéntica pasión: porque ese fuego reconcentrado que escapa a los ojos del cubano, bajo indómitas cejas, está dirigido hacia lo mismo por lo que combatió Hostos (1). Forzar aquí un paralelo a lo Plutarco, o servirse de las recetas de Carlyle, estaría de más. El autor de *Hamlet* y el poeta de *Versos libres* están ya incorporados, en eso que no es limbo parnasiano y academizante, sino en la realidad que vive hoy América, en cada país donde se lucha por la libertad.

(1) Martí y Hostos no se conocieron personalmente.

Hostos murió el 11 de agosto de 1903, en Santo Domingo. El doctor que lo asistía exclamó: «Ha estallado ese gran corazón» (1).

Santiago, 29 de septiembre de 1939.

(1) Juan Bosch: *Mujeres en la vida de Hostos*.